

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:

La espuma de los días

Autor/es:

Montiel, Alejandro

Citar como:

Montiel, A. (1998). La espuma de los días. La madriguera. (3):59-59.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41616>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



UNIVERSITAT
POLITÈCNICA
DE VALÈNCIA



EL VIEJO TOPO

La espuma de los días

"Por más que lo neguemos –ha escrito David Mamet–, seguimos necesitando a los dioses. ¿Ha muerto Dios? y ¿Por qué ya no se hacen buenas películas? vienen a ser casi la misma pregunta. Ambas quieren decir que nuestros símbolos y nuestros mitos nos han fallado".

De esta ingeniosa observación se deduce que ciertos espectadores de cine se dejan a menudo arrastrar por la nostalgia de un pasado más o menos legendario en el que no se sabe bien si las películas eran "mejores" o ellos eran simplemente más jóvenes y entusiastas. Pero también es cierto que, en el otro extremo, no falta quien se empeñe denodadamente en acatar, no sólo con mansedumbre o indulgencia, sino con fanatismo militante, el imperio incontestable de la "espuma de los días", la dictadura de la cartelera vigente e incluso (por utilizar una expresión cara a Félix de Azúa) el "fascismo simpático" de cierto cine hegemónico.

Como Antonio Machado, habría que recordar a unos, los conservadores, que ninguna realidad es inmejorable, y a otros, los progresistas, que ninguna realidad es empeorable, y tratar de buscar aristotélicamente la virtud en el término medio, porque, dicho muy rápidamente, el fenómeno nuevo que se ofrece privilegiadamente a la actual generación de espectadores es que puede transitar por la Historia del Cine como ninguna otra antes (frecuentando las videotecas o grabando viejas películas de la tele), y así cada cual puede comprobar por sí mismo sí, efectivamente, las imágenes de "Los hombres de Arán" (Man of Aran, Robert Flaherty, 1934; editada sañudamente sin respetar el formato original) o "El último" (Der Letzte Mann, Friedrich Wilhelm Murnau, 1924; por fin recientemente editada) son de una belleza tan subyugadora e intemporal como nos habían jurado nuestros mayores.

La ventaja de esta relativa accesibilidad reside en que nos permite sustraernos a la "espuma de los días", del mismo modo que los museos nos rescatan de la entropía de la pintura ultimísima o las librerías nos ofrecen, al lado del postrero ejercicio de estilo de Vizcaino Casas, un poe-

mario algo anticuado de Rainer María Rilke; pero el riesgo, en el caso de refugiarse en el hogar, huyendo de las salas de cine, consiste en caer presa del "ritual televisivo" y adentrarse en un film de Rossellini o Dziga Vertov como si de cualquier otro programa televisivo se tratase, porque, como señalaba también el arriba mencionado David Mamet, la tele es "un ritual de bajo nivel", es decir, "de bajo nivel porque no es catártico, sino analgésico, no limpia, sino que solamente posterga".

Y en cuanto a la "espuma de los días" de marras no importa aquí tanto discutir lo que cada cual pueda elegir de la cartelera semanal, que allá él, cuanto lo que le recomiendan a uno (la publicidad, la crítica, la moda), pues mucho me temo que la prensa habla demasiado a menudo y demasiado bien de lo que se oferta convenientemente publicitado y no habla en absoluto de lo que ha gozado de poca o ninguna publicidad, acabándose por identificar una y otra, publicidad y crítica, y ofreciéndose de ese modo una imagen unánime y "optimista" ("optimista" en el satírico sentido con que Voltaire inventó esta palabra en su Cándido) de la realidad (cinematográfica), pues se postula que "todo lo que está, está bien".

Las proyecciones y publicaciones de las filmotecas podrían ayudar mucho a superar esta situación general, y algunas lo hacen, pero otras, como la de Barcelona, sólo parecen servir para anunciar que van a deshacerse de viejas películas, por lo que debería recordarse a sus responsables que una cosa es tener una visión "materialista" de la Historia del Cine y otra tener una visión "pesetera" de la misma, porque si el Estado va a desempeñar su función con la rapacidad propia de una empresa privada (movilizada exclusivamente por las leyes del máximo beneficio y de la autopropaganda o absteniéndose de producir bienes), mejor sería desmantelar el Estado, lo cual, por otra parte, sigue siendo una espléndida idea, aunque, como el cine, sea también centenaria.

Alejandro Montiel